

OPINIÓN

Ricardo Martínez

LUIS, SU CAÑA Y LA MALDITA ESCOLLERA DE GANDIA

El pequeño Luis, su caña y su llamante gorra Nike esperaban impacientes la llegada de Pepe, su querido abuelo. Habían quedado a las 8 para ir a la escollera del puerto a pescar pequeños «esparrallons», bichos marinos totalmente desconocidos para él. Ese era el plan para que un abuelo feliz y un pescador principiante pasaran un día perfecto.

Al estar el apartamento al final de la playa, era preciso coger el coche. Luisito, muy nervioso, en su primer día de pesca, abrió el capó y colocó en el maletero todos los utensilios necesarios: una caña, cebo de pan duro con agua y dos bocadillos de tortilla con refrescos. La mañana se les presentaba inolvidable...

Al ser temprano y no haber mucho tráfico, en cinco minutos se plantaron en el paseo marítimo, a la entrada misma del acceso a la escollera norte.

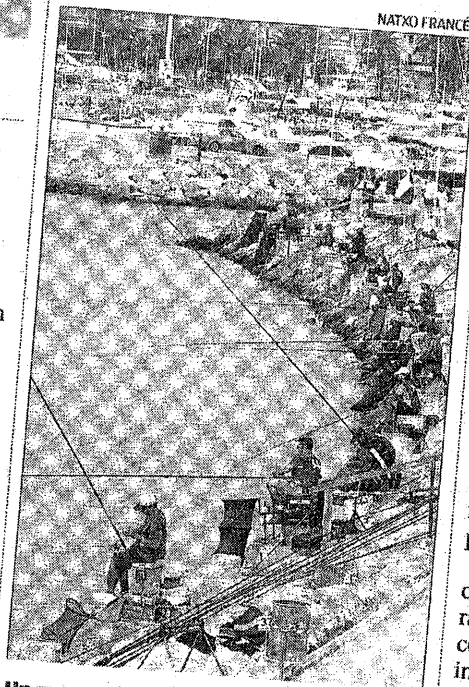
Rimas a parte, andando por la acera se fueron en busca de la escollera. Tardaron diez minutos en llegar al centro neurálgico de la misma. Allí, sentados en pequeños bloques de cemento numerados, decenas de personas pescaban tranquilamente.

Luis y su abuelo se colocaron en uno de

los muchísimos pedruscos del espigón sin numerar que había libres. Para anzuelar, la palabreja se las trae, pusieron pan mojado y a carrete vivo, lo lanzaron a la mar serena.

No pasaron más de cinco minutos cuando una especie de vigilante de la playa pero en feo les indicó que si no abandonaban el lugar, llamaría a la policía portuaria. No sin antes acusarles de pescadores furtivos e intrusos en un lugar acotado. Luisito, «el madrileño», no salía de su asombro. Pepe, su abuelo, tampoco. A regañadientes, cogieron la caña, los bocadillos, se dieron media vuelta y volvieron al apartamento. Luis se quedó sin pescar y el abuelo sin mirar.

Esto, querido lector, es lo que ocurre si alguien intenta pescar en ese maldito malecón. Está acotado para unos privilegiados. Allí tienen su bar, sus asientos numerados con cerámica de Manises, sus cadenas, sus anclas, sus carteles de todo prohibido, su aparcamiento «privado» y sus letrinas particulares para aguas menores en la misma pared de la muralla que, por cierto, huele que echa patrás. Para los deviantes, el bar y si el apretón es fuerte, mar



Un grupo de pescadores en la escollera.

adentro, como la película. Tampoco me olvido de la barrera de acceso en coche desde el paseo marítimo.

Por sentido común, todos sabemos que en los muelles comerciales está prohibida toda clase de pesca, pero también existen las llamadas «zonas muertas», como los espigones interiores de las escolleras o pequeñas playas. En teoría, en esas zonas no debería de haber ningún problema. Pero en este caso no hay teoría que valga. La escollera se acota por decreto y punto. Es un

coto privado para unos pocos, pero ¡con todas las de la ley!, que, por cierto, es de cuando la España de Puerto Hurraco estaba en pleno apogeo.

Alguien tendrá que explicar y sobre todo convencer del porqué Luisito y su abuelo no pueden pescar y los socios sí. ¿Socios de qué? ¿Por pagar un canon a cambio de ser los dueños y señores de una zona que por lo peculiar debería ser de uso público a todos los efectos? Y más ahora que el alcalde pretende hacer de ese lugar otra de sus «joyas de la corona».

Pero, ¡aviso a navegantes! Si a don Arturo Torró se le cruzan los cables y sus asesores le dicen que menos cotos y más cañas para turistas, los socios actuales tienen los días contados para coger las suyas y marcharse a l'Albufera, a ver a Tonet y a su padre Sangonereta.

Además, por si ellos no lo saben, los cuantiosos gastos y mejoras de esa escollera, mantenimiento y vigilancia se pagan con los impuestos de todos los españoles, incluidos los de Tomelloso y el abuelo de Luisito, el madrileño.

En Estambul uno de sus puentes más famosos, el Gálata, a diario está abarrotado de pescadores con caña. Ninguno es socio de nada y todos conviven de manera educada. Sólo hay un peligro que yo pude constatar. Mi flamante peluca se fue por los aires enganchada por uno de los miles de anzuelos que volaban por allí, mientras comía en uno de los muchos restaurantes situado bajo el histórico puente.

En fin, termino ya. Vino aparte, menos cotos y más convivencia ciudadana y a pescar que Gandia es de todos, aunque don Arturo no lo tenga muy claro.